

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.

NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 189

Madrid Octubre de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



LA VENDIMIA



COSAS DEL TIEMPO

El verano es una estación con ruidos, con luz, con fiesta, con alegría. La calle se puebla y la casa se abandona.

Se vive al aire libre y se agoniza entre cuatro paredes. La sombra, la siesta, la oscuridad, la noche, constituyen la vida, y en este Madrid nunca se convence la gente de que bien llamada está y tal es la puerta del sol hasta el mes de julio, porque entonces y allí y en pleno día la calva fluye, el pelo se seca, los ojos se irritan y la piel se enciende.

Se anuncia el verano con la aparición de los gimnastas y los acróbatas; esa raza de artistas sui generis de todas las latitudes y de todos los continentes, que coinciden en su amor a la dislocación y el descomulgamiento. Y aquí llegan ellos complacientes y regocijados todos; desde la tribu árabe, que da tres vueltas de cabeza y se encarama con rapidez increíble por las rodillas y los hombros de siete u ocho parientes a la misma naca del que está más alto; desde el juglar que dibuja con pañales de acero la figura y las extremidades al que recibe semejante descarga; desde la amazona que con la misma agilidad sube vestida de largo al caballo volador, que vestida de corto a la altura de los ventiladores, hasta el que se traga los nabales de cañallera, hasta el que se dispara un cañazo con la bala de treinta y seis frente a la boca del estómago, y el que se como una palangana de vidrio o anda a bofetadas con los quinqués ardiendo, todos vienen con sus trajes de mil colores, con sus gritos, sus carcajadas nerviosas, sus violines, sus velocipedos, sus sombrillas, sus gorros de dormir, sus perros, sus cotorras y sus floras amansadas, a distraer la atención, mortificada por las tragedias, cansada de la misma música, y necesitada de mayores desahucios, y vida de menos compás en los primeros días de la estival temperatura.

Tampoco traen novedades, porque lo nuevo, más que en la sociedad de todos está en el ser de cada uno. No fuera del hombre, sino dentro. Y después de los clowns, las operetas y los cantantes de primavera, las zarzuelas al aire libre, y el agua fresca de los puentes, y la conversación de los parroquianos, que suele echar chispas; se abren las puertas del Rotario y se respira con más amplitud y más holgura el oxígeno que despiden los árboles, se come a la carta y al relente, que no se cuál de las dos comidas suele costar más caro; se ven las mujeres a la luz artificial, que las hace más guapas; se congregan las tertulias del invierno a los respaldos del fluido eléctrico, y todo con alumbrado semejante va más deprisa; las amistades, los celos, los amores y la vida.

Avanza la estación, y cuando empieza la canícula se marchan los ufaos, los señores excelentísimos, los personajes y las damas de copete, y como dicen todas las señs Kitas de las verbenas, nos quedamos aquí los conocidos, los que nos tuteamos, a comer buñuelos en las visperas de los Apóstoles, a bofiar en los salones improvisados de las plazuelas, y a correría desde el paseo de San Antonio hasta la calle de Embajadores, y desde el corro del Aire hasta la subida del parador de Muñoz.

Tanta animación y tanto jolgorio se apaga con las primeras lluvias de septiembre; tanta fraternidad cesa con la vuelta de los ausentes, que traen de fuera la coreografía y el cumplimiento; se templan con los primeros vientos de la sierra las últimas expansiones de la vida comunicativa y alegre; el sol se entolda, el viento barre la calle, se adhiere el corazón, se despierta la memoria, y nos llaman los muertos al cementerio.

Los primeros fríos son los más fuertes, porque nos sorprenden sin temerlos y nos asaltan sin esperarlos. Defendidos de los primeros cambios de la temperatura. Cuando comienza el día madrileño, el pasmo viene con los aires de la carretera de Aragón; cuando el riego se evapora, disuelve en la atmósfera los gérmenes del reuma y de la fiebre; en pleno día azul y sereno, los rayos directos del sol amenazan con la congestión y el tifo a los cerebros trabajados y a los estómagos vacíos, y al morir de la tarde se presenta el viento sutil del Guadarrama, conductor y mensajero de las pulmonías fulminantes.

Comienzan los teatros, se abren los salones, se inauguran las Cámaras; tiende la sociedad a la vida colectiva, se reúnen los dispersos, se buscan las amistades, se puebla el círculo, se llena el café, se anima el club, se vive en el casino, y nunca hace más falta el prójimo, ni se necesita tanto del semejante, del conocido, de la reunión y de la compañía. El matrimonio, que es una tentación en la primavera, se presenta en el otoño como una necesidad apremiante y consoladora. El frío nos entumece, y se busca el calor por todas partes. El frío no se coge; el frío nos cae, nos asalta, nos domina. El frío es un ratero que nos roba el calor. Cuasi todos los animales tienen frío. No hay más que dos excepciones en la escala zoológica, según autores afamados; dos animales que no sienten el frío, y los dos hombres: la coqueta y la colorista.

Toda la naturaleza obedece a leyes armónicas y todas las vueltas del mundo tienen su música. Así se ha dicho que los meses de la sazón y de la madurez de los frutos constituyen el *andante* de la gran sinfonía universal; el invierno, época sombría, callada y triste, el *adagio*, y la primavera, período de renovación, movimiento y vida, el *scherzo*.

El otoño corresponde a aquella época de la existencia en que suceden a los entusiasmos el reposo y la tranquilidad. Caen las hojas como las ilusiones, como los falsos adornos de la existencia. Los árboles se desnudan de su verdura, de su frondosidad, de su belleza pasajera, se muestran como son, y aquellos troncos sin ramaje y aquellos brotes desnudos pregonan todo lo que tiene de frágil el aparato de la cosas. Llega noviembre, y las flores se acaban. Ya no hay pájaros más que en las jaulas. A los que quedan en los nidos, no los saca de su vivienda más que el hambre.

Los veranillos de San Miguel y San Martín son fogatas que no dejan rescolto; que sofocan sin calentar. Y avanzando la estación, en las calles desiortas no hay nadie que espere el fin del alumbrado público. Hasta los pobres se acaban poco después que los teatros.

Así como los infantes calientan el sorbete, ó se figuran que lo calientan soplando, no hay mortal que no se soplo

las puntas de los dedos; y conociendo ó sin conocer la teoría de la dilatación y la compresión del aire, todo el mundo la aplica prácticamente a su comodidad. Para procurarse aire fresco, sopla con los labios cerrados, y para procurarse aire caliente despiden el aliento con la boca abierta. De las noche frías, de la lluvia penetrante, de la temperatura dañosa y revuelta, puede decirse lo que se ha dicho de la batalla de la vida: Que solo es buena la retirada al hogar.

C. SOLSONA.

LA MUÑECA

Hecha con rayos de luz estaba su cabellera; con frescas rosas del valle sus rojas mejillas hechas. Cumplió aquel día diez años, y vio la mañana aquella, sobre su ensita blanca, una preciosa muñeca. «Toma, le dijo su madre, te la regalo tu abuela.» Y ya no se por qué instinto besó al muñeco su dueño con el amor que las madres a sus tiernos hijos hacen. ¡Era feliz! Con qué dulces llamamientos de ternura cuidaba del monigote! El fue su pasión primera, el primer rayo de luz que iluminó su inocencia.

La riquísima juventud trató sus líneas esbeltas; la niña se convirtió en espléndida doncella, y con mano poderosa llamó el amor a sus puertas. Amó a su amante lo mismo que antes amó a la muñeca, con toda el alma, con todas sus dulces delicadezas. Y una noche, yo no sé por qué fatal coincidencia, ni por qué extraño secreto, cometió una falta de esas que la modesta disculpa y que el amor aconseja. Desde aquel día, a su amante amó con el alma entera, y dejó desde aquel día olvidada la muñeca.

Hoy la mujer olvidada llora la esperanza muerta. Sombras en el porvenir, en el pasado tristeza, paz y olvido le asegura todo lo que le rodea. Cuando en las horas de hastío, recordando su inocencia, torna los cansados ojos a la desolada tierra; cuando busca algún recuerdo dulce de su edad primera, halla los abiertos ojos de cristal de la muñeca, destrozada en un rincón, burlándose de su dueña.

M. PASO.

EL DALTONISMO MORAL

Seguro estoy de que más de una vez les habrá ocurrido a mis lectores tomar un libro por mero pasatiempo, leer una ó dos páginas sin fijarse en su contenido, y cuando la vista se detiene en una frase ó en una palabra, que por necesidad llaman la atención, caer en la cuenta de que el pensamiento no ha tomado parte en la lectura, sino que, por el contrario, vagaba muy lejos del libro, siguiéndolo con toda claridad de percep-

ción ideas y discursos completamente ajenos a los que perseguían los ojos automáticamente en las líneas impresas. Esto sucede con frecuencia, y es un fenómeno que se trata de explicar psicológicamente. Lo hago constar como justificación del artículo (ó cosa así) que voy escribiendo, que sin esta advertencia parecería extravagante... y aun sospecho que ha de parecerlo con advertencia y todo. Me levanté temprano esta mañana, y para distraer un tanto la imaginación del martilleo neurálgico de mi pierna, me senté en mi vetusto sillón, alargué la mano hacia un montón desordenado de libros y folletos que tengo sobre la mesa, y tomé el primero que me deparó la casualidad.

Abrió por la primera página y me puse a leer, sin gran interés. Verdad es que el asunto del libro no ofrecía grandes atractivos: trataba de la *Discromatopsia*. Y sin embargo, empecé la lectura.

Creo que me harán ustedes la justicia de reconocer que esto era por mi parte un conato de heroísmo. La estructura helénica del título me inspiró alguna curiosidad y quiso saber lo que se escondía tras aquella palabra alarmante para mi inteligencia.

Leí, leí y seguí leyendo una especie de discurso preliminar, que no me daba luz alguna para combatir las espesas tinieblas de mi ignorancia, hasta que por fin, de entre aquellos oscuros subarroyos de párrafos técnicos y pensamientos científicos surgió un relámpago que disipó, en parte, las lobreguezes de mi cerebro.

La *discromatopsia* no es, como me figuré al abrir el libro, un poema épico, una tragedia griega, ni siquiera un discurso de la Corona leído en algún Senado de Lacedemonia ó de Esparta. Es pura y simplemente una enfermedad, que tampoco es enfermedad en el rigorismo de la palabra, sino una especie de perturbación del sentido de la vista.

Los que la padecen confunden los colores ó carecen de aptitud para distinguir alguno de ellos. Típicos ven azul el color verde, otros se figuran que el color rojo que se les pone delante es violeta; otros distinguen con exactitud todos los colores del prisma, menos el rojo ó el naranja, por ejemplo; otros, en fin, no ven más colores que los que verdaderamente no lo son, á saber: el negro y el blanco.

Esta aberración del órgano visual da lugar á complicaciones, á peripecias extrañas y hasta á grandísimas y trascendentales consecuencias para el que la sufre, como fácilmente se comprende, sobre todo cuando la enfermedad es congénita y no accidental.

El individuo que nace con *anerotropsia*, que es una variedad de la *discromatopsia* consistente en la no percepción del color rojo, corre el riesgo de elegir paño encarnado para hacerse una capa ó una levita.

El que padece de *coloropsia*, ó lo que es lo mismo, no percibe el color verde, está expuesto á echarse á nadar en un ameno prado, creyendo bañarse en las azuladas aguas de un lago.

El que sufre la *animitropsia*, que es lo mismo que no ver el color violeta, ó el que no distingue el color azul (*acromatopsia*), etc., etc., están sujetos á lamentables errores en la vida social. Y no digo nada si el sujeto atacado de alguna de estas *opsias* es marqués de un ferrocarril y equivoca la señal de peligro, indicada por el farol ó la banderola verdes, con la señal de seguridad, representada por el color blanco... En este caso las consecuencias pudieran ser terribles.

La *discromatopsia* es enfermedad moderna, como el *parlamentarismo*, el *burecratismo*, el *espiritismo*, el *contemplismo*, el *dinamismo* y otras muchas afecciones patológicas del cuerpo social, no conocidas por Hipócrates, Galeno, Avicena ni Averroes, y que yo tengo por incurables si han de tratarse las eminencias médico-políticas con arreglo á los principios de la ciencia. No señor; esas *mataduras* sociales resisten al empleo de la terapéutica anódina. Solo pueden curarse por los procedimientos sencillísimos del herrador: el hierro y el fuego...



UNA CALLE DE TOLEDO

Pero vuelvo al asunto. El primero que descubrió la enfermedad de que voy hablando fué un físico inglés que la padecía, llamado Dalton, y por eso ha recibido aquélla el nombre de *daltonismo*, tal vez menos científico, pero de seguro más *pronunciado* y á propósito para fijarlo en la memoria, que el que le han dado los sabios que se pintan solos para hacerse ininteligibles. Pues, como iba diciendo, yo leía, leía y leía hojas y pliegos enteros del tratado de Daltonismo, pero sin fijarme en las ideas ni comprender las teorías del autor; antes bien, dejando volar la imaginación hacia otras ideas y teorías que, teniendo por base las del libro, se alejaban grandemente del objeto de éste.

Cuando me enteré del estado de mi espíritu, corrí el libro á fin de alejar de mí las extravagantes ideas que me asaltaban; pero, lejos de conseguirlo, lo que hice fué concentrar más y más en ellas la atención. Libre ya de las ligeras trabas de la lectura.

Y de este trabajo mental, de este herido de ideas y de este tortuoso de pensamientos, debió brotar algo á manera de sobrenatural clarividencia, algo que solo alcanza á percibir el genio (perdonen ustedes la inmodestia), algo, en fin, que me elevaba siete yardas sobre la fama del físico inglés, y que, á mi juicio, me daba derecho á reclamar de la humanidad un puesto de honor entre los grandes descubridores.

Cerré los ojos, me recosté en el sillón y estuve más de dos horas meditando y tratando de dar forma á mis ideas, á fin de verterlas al papel y entregarlas inmediatamente á los vientos de la publicidad, en la previsión de que no se pierdan para las futuras generaciones en el caso de que me sorprendiera la muerte... Esto de la sorpresa es una figura retórica, porque á mis años la muerte no puede sorprenderme.

Interín preparo materiales para desarrollar mi nueva teoría en un extenso libro, quiero hoy mismo regalar á los lectores de La *Correspondencia* un *Esbozo* las primeras de mi portentoso descubrimiento; bien entendido que solo lo presento, como ya he dicho, bajo la modesta apariencia de una teoría, no más absurda, ni más atrevida, ni más incomprendible que muchas otras elaboradas en los telares de la sabiduría.

Dalton descubrió la *discromatopsia*, *acromatopsia*, *ascitanoblepsia* ó *acromatopsia* (que con toda esta encerrada de nombres es esta enfermedad conocida... de los que la conocen).

Pues bien, yo creo haber descubierto una aberración análoga á la del *daltonismo* físico:

El *daltonismo* moral.

Ahí tienen ustedes la fórmula de mi descubrimiento.

Voy al grano, que el tiempo apremia y el espacio falta.

El *daltonismo* moral consiste en una perturbación del sensorio común que inhabilita para apreciar los matices de los sentimientos y los colores de los caracteres de los hombres.

Así como en el *daltonismo* físico los individuos que lo padecen equivocan unos colores con otros ó dejan de percibir en absoluto uno ó varios colores determinados, así los *daltonicos* de la inteligencia equivocan y confunden las cualidades de sus semejantes.

Es tan sencilla y tan racional esta teoría, que basta exponerla para darla carta de naturaleza.

Ahora verán ustedes claro, como yo veo, el por qué de los distintos y aun contradictorios juicios que forma la opinión pública de los hombres también públicos.

Antes de mi descubrimiento, me metía en un abismo de confusiones el hecho tan frecuente de que un jefe de secta política, por ejemplo, después de hacer una clara y minuciosa exposición de sus doctrinas y de presentarlas tan brillantes como la luz del sol, demostrando matemáticamente que son las únicas salvadoras para el país, no arrastrase tras sí á las masas; antes, por el contrario, suscitase dudas y acalorase controversias respecto de esos ideales... Efecto del *daltonismo* moral, que hace ver de color *falso* lo que indudablemente es de color *conveniente*.

Hace bastantes años, leyendo el *Diario de las Sesiones* del Congreso, me maravillaba al ver que un señor diputado, en el acto de tomar su alta investidura, hiciera su *acatamiento* á las instituciones del país con la fórmula de *prometo* por mi honor, en vez de jurar sobre los Santos Evangelios, y que ese mismo diputado se creyese en el deber de explicar ante el mundo entero por qué optaba por la promesa y no por el juramento. Como entonces no conocía yo aún la teoría del *daltonismo* parlamentario, me refi como un tanto de la explicación eminentemente trascendental del diputado (repúblicano por más señas), reducida á decir, poco más ó menos, que no dejaba de jurar por Dios porque fuese ateo, sino porque quería llevar á todos los actos de la vida el concepto que tiene de la secularización de la vida en todas las esferas...

Pero ahora ya sé que tanto mi humilde persona como todos aquellos que hablamos juzgado el acto de aquel representante del país, hablamos confundido los colores, creyendo ver el color *serio* y el color *trascendente* y el color *irreligioso* donde no había más que uno solo: el color *puerilidad*.

Así también se ha juzgado hasta hoy con injusticia notoria, se ha señalado á la mofa y á la execración pública y se ha calumniado inconscientemente á muchas eminencias porque de sus actos resultaba un cúmulo de contradicciones, de torpezas, de acomodamientos con la conciencia, de nebulosidades, de defeciones, de cobardías, de *irregularizaciones* de carácter, etc., etc. Ahora ya podemos hacerles justicia (en el sentido recto de la frase); ya sabemos que se les ha mirado como miran los *daltonicos*, viendo en esos hombres públicos colores que no existen en el espectro solar de sus caracteres. No hay en ellas color

aplastada, ni color de miela personal, ni color rebelde, ni color de sangre, ni siquiera color de carne; no hay más que un color: color político. ¿Qué tiene que ver este color con las virtudes, ni con las nobles cualidades, ni con los puros sentimientos?... Todo aberración, por efecto de la disonancia social.

Con estas ligerísimas nociones de mi nueva teoría que, como he dicho, me propongo explicar en un voluminoso tratado, hasta para conocer el alcance de mi descubrimiento, todavía embrionario, pero que está llamado a producir, ya que no una revolución, cuando menos un pronunciamiento filosófico.

Termino apresuradamente estos apuntes para dedicarme sin perder momento a mi grave tarea. No me juzga a ustedes hasta por haberlo con pleno conocimiento de causa. Y, sobre todo, no olviden al juzgarme que pueden ustedes estar atacados de daltonismo, y en este caso pudieran equivocarse de colores, porque los daltonicos confunden fácilmente el color rojo con el color loco.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EN EL PÓRTICO

Me senté junto al pórtico del templo, y sus oscuras piedras por la humedad manchadas y de musgos y líquenes cubiertas, no sé por qué en mi alma despertaron recuerdos de otras épocas, recordando en que estaban confundidos los gozos y las penas, los suspiros con cantos de alegría, la luz con las tinieblas. Las estatuas de santos, modeladas por una mano diestra, me miraban, con ojos sin pupilas, cual si me conocieran; los monstruos que se ven en la cornisa es colección grotesca, sus semblantes deformes contrastan con horrosa aureola, y todos parecen indicarme la errante sombra negra que proyectaba al sol sobre un cuadrante que cubría la fachada de la iglesia.

Medí las estatuas que llevaban con la mirada afosta, viendo rodar las horas impasibles por la seguida esfera, y al ver las que pasaron sobre ellos sin alterar apenas el irónico gesto que contra sus semblantes de piedra, resaltó como nunca ante mis ojos nuestra breve existencia, y me alejé llevando en el corazón una furiosa tempestad de ideas.

Como vivo cercano al santo templo, cuando el órgano suena me acuerdo de los santos y los monstruos que redan su puerta. Como vivo cercano al santo templo, sus campanadas lentas de día me despiertan muy temprano, de noche me desvelan, y de día y de noche, con sus notas, los santos y los monstruos me recuerdan.

¡Ah! pienso muchas veces delirando cuando el órgano suena y doblan en la torre las campanas de la vasta iglesia; quien fuere un genio y al morir dejara una estatua en la tierra, enfrente de este templo que me infunde alegría y tristeza, mirando cara a cara estas figuras de santos y de fieras, para contar con ellos las centurias en el blanco cuadrante de la iglesia. ¡Triste destino ser en esta vida hoja del árbol seco; piedra tirada al mar; sombra que huye; nombre escrito en la arena!

P. ROVIRA.

Herida del León.

ESA

No me atrevo a nombrarla porque me cuesta mucha vergüenza. ¡Es tan... pública! ¡Está tan manoseada! ¡Se ha hablado de ella tanto y tan inni!

¿Quién no conoce su vida y maravillas? Porque milagros no ha realizado todavía.

Hablo de la Cibele. De esa tiple del género bufo, que hace de diosa a la intemperie en la plaza de Madrid.

Se ha escrito y se ha dicho de ella cuanto se puede decir.

Pero vuelvo a estar en juegos, a pesar de las persecuciones de la autoridad del ramo.

En juego hecho, eso sí.

Como que la mayoría de los disparatados son hechos en nuestro país, y aun lundables, a las veces, o cuando menos, celebrados.

La vejez de las cosas mundanas llega en nuestro país en vértigo, o al vértice, sinósimos, en opinión de un gobernador de provincia erudito, que está esperando el traslado inútilmente.

En cambio, siempre otra vez en concederse a la Cibele, que no le había solicitado.

La corporación municipal de Madrid vuelve a ocuparse en el estudio del mejor medio de transporte de la diosa aburrida.

El traslado de la misma, con peana y todo, al centro de la plaza nueva, será cuestión de unos cuantos miles de duros.

aunque sea en bicicletas, que es el medio de transporte fin de siglo, la última verdad con ruedas.

¡Pobre señora!

¡Trasladada! ¡Conducida entre Plutarcos de la villa al centro de la plaza! ¡Cuánto ha sufrido!

Hasta presa estuvo, aunque no en la cárcel de su sexo; encajonada como toro destinado al transporte por ferrocarril.

Verdad es, que al fin y al cabo, ¡qué tiene de extraño que se trate así a una diosa del cuerpo de coros, si lo mismo sufrieron Daoiz y Velarde!

Recuerdo con espanto aquellos traslados de Monteleón, donde estaban colocados de peones camuflados, al Parteyre; del Parteyre a la puerta del Museo de Pintura y Escultura.

¿Qué tienen que ver el grupo de los bravos oficiales de artillería con la plaza del Museo y la fuente de la Cibele con la plaza de Madrid?

Verdad es que habrá quien pueda objetar:

— ¡Y qué tiene que ver el marqués del Duero con la Fuente Castellana? ¡Y el general Espartero con el camino de las Ventas? ¡Y la reina Isabel la Católica y familia con el Hipódromo y su tiempo? No olvidaré fácilmente el efecto que produjo en los pacíficos transeúntes de esta villa el espectáculo de la última traslación del grupo de Daoiz y Velarde. En las altas horas de la noche. De una noche oscura, oscura, oscura. En las sombras se oía un interminable coro de alaridos salvajes. Sin número de hachones se agitaban, ardiendo en la neblina sin fin del pavoroso fondo.

Y al débil resplandor de tan inciertas luces, un fantasma gigantesco se aproximaba lentamente.

Era el grupo. Daoiz y Velarde, ensabanados, y conducidos, no por la guardia civil ni por tránsitos de justicia, sino de mangueiros, buyes y otros dependientes del Ayuntamiento.

¡Espectáculo atroz!

Los transeúntes: huirán desparados; los perros ladraban; los habitantes de las casas del tránsito abrían los balcones, se asomaban, lanzaban gritos de espanto, y se retiraban y cerraban las vidrieras de los balcones inmediatamente.

Según he oído, para el traslado de la Cibele al centro de la plaza nueva, propone un arquitecto un medio sencillo y barato.

Valerse de los mismos leones para el transporte de la fuente monumental.

Es un viaje de recreo con rebaja de precios.

Pero ya verán ustedes, si se realiza, cómo cuesta al poco más o menos, lo que costó el del grupo de Daoiz y Velarde: veinte ó veinticinco mil duros.

Si tanto dinero sobra, no pudiera invertirse en algo más útil que el traslado de la diosa y su carro, que hace siglo y medio fué colocada en el empla-



Señorita EMMA CALVÉ, prima tiple del Teatro Real.

zamiento que hoy tiene, así como otras dos fuentes de igual importancia artística é histórica y cuatro pequeñas, que embellezcan el paseo del Prado.

O piense el municipio en un monumento digno del lugar donde ha de emplazarse, que es el más importante de Madrid.

Si los seis ó ocho arquitectos que a su servicio tiene el Ayuntamiento sirven para algo, pueden aconsejar al señor alcalde y recordarle los medios que con arreglo a la legalidad vigente han de emplearse para la erección de monumentos.

Afortunadamente, no estamos tan faltos de artistas, que no haya quien acuda a un concurso para el proyecto de dicho monumento.

El pensamiento que se atribuye al Ayuntamiento ó a parte de la corporación, cuando menos, es inverosímil, aun en «fin de siglo».

Levantar en la «plaza de la Cibele», llamémosla así, un monumento con-

morativo del 2 de mayo de 1808, no se le ocurre ni a Gedeón ni a Cacaseno.

¡A unos cuantos metros del que se levantó en el primer tercio del siglo, en el Campo de la Lealtad!

Eso de que algunos concejales piensen los proyectos, también es «fin de siglo».

¿Para qué sirven los artistas, para qué los arquitectos del municipio? que digo yo que servirán para algo.

No acér a concurso el proyecto del monumento, si por fin «ay, monumental» sería faltar a lo preceptuado; una ilegalidad más en nuestro país... poco fa.

Cuando todas las naciones cultas se esmeran en el embellecimiento de sus capitales y ciudades importantes, en su higiene y en su limpieza, nuestros Ayuntamientos, y particularmente el de Madrid, no cuentan en sus presupuestos anuales de gastos cantidad alguna para embellecimiento de la población.

Y solamente contando con ese fondo

pueden acometerse las obras, por gigantescas que sean.

Tiempo y dinero; porque en la construcción de un monumento digno de la plaza de Madrid, por ejemplo, no debe invertirse menos de tres ó cuatro años; si ya no es que se tiene a que tengamos decoraciones como la de la Biblioteca Nacional y del Banco de España, de triste recuerdo.

Respecto a la traslación de la Cibele, bien pudiera hacerse; pero al Parque de Madrid, donde ya fueron trasladadas otras fuentes, que por las exigencias del tránsito de carruajes, tranvías y personas, desaparecieron de plazas de esta villa.

Adonde pudiera trasladarse también la palangana de la Puerta del Sol, para baño de perros, esponjamos, y de transeúntes sin domicilio fijo.

La fuente de la Cibele no reúne condiciones para ocupar el puesto que se la designa.

¿Qué condiciones ha de tener un monumento de tres metros de altura por diez de base, en una plaza dominada por tres puntos de vista, como son la calle de Alcalá, de uno y otro lado, y el paseo de Recoletos y la Castellana?

Por otra parte; remplazar en uno de los sitios más importantes de Madrid una diosa del paganismo!

¿Qué dirán a esto las autoridades eclesiásticas?

Que andan varias Cibeles por esas calles; pero no en calidad de diosas, sino de diosas, que aunque lo parezca, no es lo mismo.

Ello es que no parece tan fácil la elección de monumento para la plaza de Madrid.

Pero ahí están los artistas para eso. Anúnciese el concurso, que no fallarán proyectos.

Aun hay patria, afortunadamente, en el arte, por lo menos.

EUGENIO DUQUE.

NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicaremos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscritores de Madrid á LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA podrán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en esta Administración.

PARA SER FELIZ.—POR ÁNGEL PONS



1. Esto era un soldado, que después de servir al rey largos años, harto de fatigas y penalidades y ansioso de paz y sosiego, marchaba camino de su pueblo. Cuando faltaban pocas horas para llegar, le atajó el paso un mendigo, implorando una limosna.



2. Socorrióle el soldado como buenamente pudo, y entonces el mendigo, agradecido, le dijo: — Toma estas espejuelas; yo te las regalo. Con ellas podrás ver a través de las paredes lo que ocurre en el interior de las viviendas. (Con ellas sabrás muchas cosas que hoy ignoras.)



3. Pues, señor; que llegó nuestro hombre á su pueblo y á la casa de su novia, y ya iba á llamar, cuando se acordó del regalo del pobre. — Quiero ver—so dije—si es verdad. Y se puso los espejuelos.



4. Nunca le hubiera hecho, porque lo que río no es para dicho. La que pronto debía ser su mujer no estaba sola.



5. Hubo horrorizada maldición de su muerte y de las mujeres. El mendigo que encontrara en el camino le había arrebatado un disgusto grandísimo, pero un esparcimiento provechoso.



6. Coró, que es fácil curar de amores, y pronto otra muchacha, hermosa como perlas y como ninguna honrada, supo apresarle el corazón.



7. El corazón y la mano, porque casó con ella, seguro de que mejor no habría de encontrar otra. Y fue feliz, según cuentan.



8. Y para que su felicidad no se viera turbada, puso de su parte cuanto pudo, presto que antes de llegar á su casa guardaba cuidadosamente los espejuelos.



9. Y llamaba sin apuramiento, procurando que en la manera de llamar supieran que era él.



EL COSMOS EDITORIAL
MORON PASTOR Y COMPAÑIA
 LA PRIMERA CASA EDITORIAL EN
 ESPAÑA EN LA PUBLICACION
 DE NOVELAS DE LOS PRINCIPALES
 Y MAS RENOMBRADOS AUTORES
 EUROPEOS
 Recreo é Instruccion
MADRID
 Cardenal Cisneros 63 y 65 Pidanse Catálogos

PARA JUGUETES
J. MEDEL
 MADRID

PILDORAS FERRUGINOSAS HONCHELL
 Compuestas de los mejores
 hidrógeno y manganeso.

Curan la Anemia, Clorosis y Cloroanemia.
 El yoduro de hierro excita la actividad de los órganos
 productores de los glóbulos rojos, y la manganeso, por
 la cantidad de oxígeno que contienen, enriquece la sangre,
 colocándola en condiciones de asimilar los glóbulos
 rojos que en sí lleva la esmoglobina.
 En pocos días desaparecen la dispepsia, dolores de ca-
 beza, palpitaciones del corazón, cansancio, irregularidad
 de las reglas y la descoloración de la piel y de la orina,
 síntomas principales de la anemia, clorosis y cloro-
 anemia.

Pedir esta
 medicina en
 todas las boticas.
 Depósito en:
 Melchor García
 Capellanes, 1,
 Madrid.

PRECIO, 4 PESETAS

PERLAS BALSAMICAS RUSSEPPING

Ciertas enfermedades que por su
 carácter especial merecen el nombre
 de secretas, se curan pronta y radical-
 mente sin molestias, por muy anti-
 guas y rebeldes que sean, y sin ne-
 cesidad de usar inyecciones.

LAS PERLAS BALSAMICAS
 se venden a 8 pesetas en todas las boticas.

Depositarlo en España: MELCHOR GARCIA,
 CAPELLANES, 1, MADRID

AGENCIA DE RICARDO STORR
 ANUNCIOS DE MADRID
 para todos los
 periódicos
 Y PROVINCIAS

Tarifas de precios, se en-
 vian gratis a quien las pida a
 las Oficinas: Calle de S. Miguel,
 21 duplicado, principal, izda.

Madrid

HERPES

Las erupciones de la piel, las granulecillas
 é inflamación de las mucosas de la garganta,
 laringe y estómago, se curan radicalmente
 con el Antiherpético Sunger.
 El peor y las molestias desaparecen en
 pocos días.
 Cada caja contiene 40 pildoras y se vende a
 dos pesetas en todas las boticas.
 Depósito en Madrid: Melchor García.

La INGLESA ALCALÁ, 27.
CONFITERIA
 Bombones de Paris. PASTAS
 CHOCOLATES Cafés y Tés
 TELÉFONO 800.

**SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA
 DE BARCELONA.**

LINEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ
 Con escalas en Puerto-Rico y Progreso y continuación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del
 Pacífico.—Tres salidas mensuales.—El 10 y 20 de Julio, el 30 de Septiembre.

Linea de Filipinas
 Con escalas en Port-Saïd, Aden, Colombo y Singapore; servicio á Ho-Nu y Cebú, y continuaciones y Korachos y
 Buhire (Golfo Pérsico), Zamboar y Montaniga (costa oriental de Africa), Bombay, Calcuta, Saigon, Hanoi, Ha-
 noi, Hong-Kong, Shanghai, Yokohama y Tokio.—Salidas cada cuatro semanas de Liverpool, con escalas en Oporto,
 Vigo, Lisboa (Funchal), Ceuta, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde saldrán cada cuatro viernes á
 partir del 6 de enero de 1911.

Linea de Buenos Aires
 Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Bata viajes semanales, partiendo de Barcelona, con escalas
 en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Linea de Fernando Poo
 Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año
 partiendo de Barcelona y con escalas en Barcelona y Cádiz.

Servicios de Africa
 Linea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Onda, Tánger,
 Larache, Safi, Casablanca y Marrakech.—Servicio de Tánger.—El vapor Juanita del Pielago sale de Cádiz para
 Tánger, Argier y Orán los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

VICTORINO GONZALEZ
 GRABADOR DE CÁMARA
 Premiado en varias Exposiciones.

ESPECIALIDAD
 en grabados conmemorati-
 vos y toda clase de grabados
 para dignidades eclesiásticas,
 civiles y militares.

Calle Mayor, 75. MADRID.

**Agencia de Publicidad
 CORTES**
 DE S. GABRIEL, 28. P.º 1.º
EMILIO
 Grandes descuentos
 en todos los periódicos. Anuncios
 en los sitios públicos.

MAZZANTINI DE TABACOS REAL FABRICA
 DE J. DIAZ Y C.º PROPIETARIOS.
FLOR BUSTAMANTE
 Majoja 36 HABANA.

MODAS PARA SEÑORAS Y NIÑOS.
 CORTE SEMBRADO
 de gran popularidad
 en cuantos
 difusos.
 reformas y
 composuras.
 Se venden patrones.

economía,
 buen gusto
 y prontitud.
 Hallenlo aquí!
 regístrate a
 la parca del
 tranvía en la
 Plaza de
 Oriente.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA
 La SOCIEDAD
 admite anuncios, programas
 y noticias para todos los periódicos de Madrid,
 provinciales y extranjeros.
 Ofrecen las anunciaciones á las mejores combi-
 naciones de publicidad en condiciones de precios
 propiamente
 Llama tarifas á las
 personas que las
 pidan.

OFICINAS
 678 ALCALÁ, 676,
 TELÉFONO 817.

**¿QUERÉIS CURAR LA DEBILIDAD NERVIOSA
 Y ADQUIRIR EN POCO TIEMPO LA
 ENERGIA Y EL VIGOR DE LOS AÑOS DICHO-
 SOS DE LA JUVENTUD, HAGER USO DEL
 Regenerador VITAL BRIGMANT**

Pedirlo en todas las boticas
 é por correo al depósito central

M. GARCIA
 CAPELLANES 1-MADRID

LOS TIROLESES
 EMPRESA ANUNCIATORIA

Oficina: Barco, N.º 7, 3.
 MADRID
 TELÉFONO 331